

SENTIDO Y GÉNESIS DE LA EXPERIENCIA FILOSÓFICA EN LUIS ABAD CARRETERO

ANTONIO M. LÓPEZ MOLINA
Universidad Complutense de Madrid

ABSTRACT: This work claim to be a pricipal elements' reconstruction of Abad Carretero's philosophical experience: the growth of the Conciencie, the problem of God, the stuff, the relation between cause and effect (causality) and the problem of "vocacion" (destination). In this analysis, a special remark to the significance between childness and adolescence for the construction of the philosophical concepts is done.

Key words: philosophical experience, conciencia, Gold, stuff, causality, destination.

RESUMEN: Este trabajo pretende ser una reconstrucción de los elementos fundamentales de la experiencia filosófica de Abad Carretero, a saber, el surgimiento de la conciencia, el problema de Dios, la materia, la causalidad, y el problema de la vocación. En este análisis hemos hecho especial hincapié en la importancia de la infancia y la adolescencia en la elaboración de los conceptos filosóficos.

Palabras clave: experiencia filosófica, conciencia, Dios, materia, causalidad, vocación.

I La primera redacción de este texto corresponde a una conferencia pronunciada el día 28 de Enero de 1999 en el Instituto Nicolás Salmerón de Almería, en un acto organizado en colaboración con el Instituto de Estudios Almerienses, con ocasión de la edición facsímil de *Niñez y Filosofía*.

1. INTRODUCCIÓN

Luis Abad Carretero nació en Almería en 1895 en el seno de una familia de comerciantes y de espíritu liberal-republicano. Su propio padre había sido alumno en Madrid de la academia regentada por D. Nicolás Salmerón, quién más tarde habría de ser presidente de la I República Española y catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid. La influencia de su padre en toda su formación crítico-social y política fue decisiva. Así nos lo relata en el ensayo que da título al libro que nos va a servir de hilo conductor en nuestra aproximación a la experiencia filosófica¹ de este ilustre exiliado, que aún no ha sido lo suficientemente reconocido por la comunidad filosófica española:

“He aquí como hizo en mí su aparición el sentido político entre los doce y los trece años. Mi padre era uno de aquéllos republicanos a marcha martillo de los que sacrificaban todo por llegar a la instauración de la República en España. Aunque comerciante y minero, había sido alumno, muy joven, en la escuela particular que en Madrid regenteara don Nicolás Salmerón, natural del pueblo de Alhama de Almería, más tarde catedrático de Metafísica en la Universidad de Madrid y presidente de la primera República española. Pues bien, todas las noches invariablemente, después de cenar, mi padre me rogaba, debido a su mala vista, pasar a la sala para leerle el periódico. Este era el *Heraldo de Madrid*, diario dirigido por Rodrigo Soriano, batallador diputado que formaba con Azzati y Blasco Ibáñez la trilogía del republicanismo valenciano. Lo que leía sobre todo, era el artículo de fondo. También abordábamos las demás noticias, más lo importante para mi padre era su alimento espiritual político. Pero la lectura se convertía en un continuo diálogo, que agradaba a mi padre, pues yo lo asataba pidiéndole aclaraciones para satisfacer las dudas de todo lo que no comprendía con claridad, se tratase de significación de palabras o de interpretación de doctrinas sobre la realidad española o mundial.”²

De este texto nos interesa resaltar tres ideas fundamentales:

a) En primer lugar, el ambiente familiar. Tiene mucho sentido señalar aquí la conexión entre Nicolás Salmerón y Luis Abad a través de su propio padre. Sin duda alguna, fue en la academia del futuro presidente dónde el padre de nuestro filósofo sacó el gusto por la información y la crítica ilustrada, lo que le impulsaba a la lectura diaria del *Heraldo de Madrid*, uno de los mejores representantes del espíritu crítico de la época.

- ¹ Entiendo por *experiencia filosófica* la actitud, el tono, el talante, el ánimo, desde el cual el pensador reflexiona sobre la realidad que es objeto de apropiación en su pensar y cuestionar el universo físico, vital, social e histórico que le rodea.
- ² Abad Carretero, L. *Niñez y Filosofía*. 2ª Edición facsímil. Prólogo de Antonio Rodríguez Sánchez. Instituto de Estudios Almerienses. Almería, 1998, pp.28-29. La primera edición de esta obra se llevó a cabo en México (El Colegio de México) en 1957. En adelante citaremos esta obra como *N.F.*

b) En segundo lugar es fácil pensar que esta lectura diaria, abonada por un enorme cariño paterno-filial, en una época en la que todavía se tenía tiempo para extensos diálogos y reflexiones, calase en el alma del pequeño Luis como una de sus mejores fuentes de *aprendizaje cultural, social y político*:

“He ahí cómo por unas razones o por otras, los hijos vamos siendo moldeados por nuestros padres y se van formando nuestro carácter y nuestros hábitos más decisivos y lo que se llama de tal palo tal astilla, no es más que el producto de una educación inconsciente que se realiza sobre el niño en el ambiente familiar, que es más poderoso que el social.”³

c) En tercer lugar se nos presenta aquí el típico hecho que Max Weber bautizó con el nombre de “paradoja de las consecuencias”. En efecto, esa feliz e ilustrada convivencia entre padre e hijo tuvo como consecuencia paradójica el que nuestro autor, como otros muchos españoles de la época, tuviese que exiliarse de España y, por consiguiente, hubiese de inventar para su vida un destino muy ajeno al previsible.

“Y así nuestro destino se va forjando no sólo a causa de la herencia, sino sobre todo de la convivencia. Yo era el único de mis hermanos en mantener diálogos y lecturas con mi padre, y yo he sido el único que al liquidarse la República en 1939 hube de salir de España. No lo lamento, no hago más que explicarlo. Mi abuelo, que fue diputado federal por Almería en la primera República, no tuvo necesidad de expatriarse, a pesar de estar a bordo de un buque para huir de la ciudad cuando los cantonales, pero todo se arregló y pudo regresar a la misma.”⁴

Una vez que hubo acabado sus estudios de bachillerato en el actualmente llamado Instituto Nicolás Salmerón de Almería, del que más tarde habría de ser también profesor, cursó la carrera de Filosofía y Letras y Derecho en la Universidad de Madrid, al mismo tiempo que trabaja en telégrafos y realiza cursos de matemáticas y artes plásticas. De su estancia en Madrid, es digno señalar su relación con José Ortega y Gasset, del que debió ser un discípulo aventajado, coetáneo de José Gaos, Manuel García Morente, Xavier Zubiri, María Zambrano y tantos otros de esa generación de españoles ilustres que vieron truncadas sus expectativas vitales con la guerra “incivil” española. En *Ortega por dentro*⁵, escrito con ocasión de la muerte del maestro en 1956, Luis nos dice:

“Nuestra admiración por el maestro fue grande. Su influencia sobre nosotros poderosa. Le copiábamos y le imitábamos sin darnos cuenta. Leíamos sus folletones de ‘El Sol’ y sus artículos de ‘España’ con avidez. Sus libros y las traducciones de

3 N.F., p.29.

4 N.F., p.29.

5 Este texto constituye el capítulo II de *Niñez y Filosofía*, pp.41-45.

la 'Revista de Occidente' en el momento que salían. La juventud española de aquel tiempo estaba ávida de saber y de horizontes. Le seguimos hasta en la Agrupación al Servicio de la República. En un libro⁶ que por entonces yo publiqué puse esta dedicatoria 'A D. José Ortega y Gasset, maestro de España, y hombre de la más fina sensibilidad filosófica de todos los tiempos. Cariñosa y sencillamente. Su discípulo'. Y estas mismas palabras las pronunciaría hoy, a pesar del tiempo transcurrido, con el mismo afecto, con la misma unción, que en 1934."⁷

Sin duda alguna, 1939 marca un corte violento en su vida, del que sólo se empezará a recuperar a partir de su estancia en Oran, pero muy especialmente cuando llegue a México en 1954. Previamente tuvo que pasar un corto período de tiempo en un campo de concentración de Boghari, a orillas del Sahara, diez años en Oran donde impartió clases de matemáticas en un instituto, y casi cuatro años en París en el Liceo "Henri IV". En el texto con el que acaba la primera parte de este libro titulado *Mi adiós a la pintura*, nos cuenta estas peripecias vitales del siguiente modo:

"Hube de residir y subsistir en África del Norte y luego en Francia. Es verdad que yo ya conocía el francés, lo traducía con facilidad, pero no estaba acostumbrado a hablarlo y yo quería ser profesor. Por eso me consagré a estudiarlo y a frecuentar un medio enteramente francés. Mis primeros veinticinco francos los gané en la ampliación de un retrato que hice al carbón y con lupa tomado de uno diminuto. Mi salida del campo de concentración la debí a haberle hecho un retrato al secretario del mismo. En Oran me dediqué a dar clases de español e inglés. Pero la abundancia de profesores de estas materias, sobre todo de español, hizo que tuviera que derivar hacia otras, y estas fueron las Matemáticas. En efecto, durante casi diez años las tuve que explicar a los alumnos de los últimos cursos de Bachillerato. Bien es cierto que yo las había estudiado con gusto para ingresar en el Cuerpo de Telégrafos en España, donde ejercí poco tiempo durante mis años mozos, antes de poder empezar mis estudios en las Facultades de Filosofía y Derecho. Pero en 1945, terminada la guerra, comenzaron a llegar profesores desmovilizados y mis clases disminuyeron, lo cual me empujó hacia la pintura, porque me agradaba y por necesidad económica. Seguramente derivé hacia ella por la imposibilidad en que estaba de poder escribir y publicar, que era lo que yo más he ansiado en mi vida."⁸

En París tuvo ocasión de conocer y estudiar una espléndida tradición filosófica, la que representa Bergson y Bachelard, con el que debió mantener una cierta relación, tal como aparece a lo largo de las páginas de una de sus obras filosóficas más representativas, a saber, *Una Filosofía del instante*, publicada en 1954 por el Colegio de México (en español) y por

6 Se refiere el autor al *Sentido psicológico de la felicidad*, publicado en 1934.

7 N.F., p.45.

8 N.F., p.181.

la editorial Flammarion de París en francés. Para una adecuada comprensión de la relación señalada basten estas palabras del prólogo:

“Las nociones de vibración y de ritmo son fundamentales en el ser vivo, más aún que la de sensación, y a ellas atengo particularmente mis reflexiones. Muchos de los pensamientos que el lector encontrará en este libro son producto del ritmo, han nacido de un ritmo de interna melodía, propio, de ese ritmo de que nos habla Bachelard en ‘La dialéctica de la duración.’”⁹

En 1954, con casi cincuenta y nueve años de edad, llega a México, al que considera su verdadero país de adopción y en el que residirá hasta 1966. En estos doce años, el profesor Abad mantiene una intensa vida intelectual orientada especialmente a cuestiones filosóficas, psicológicas y pedagógicas. Así imparte clases de Psicología en la Universidad, dicta múltiples conferencias referidas a problemas docentes en el Colegio de México, institución que aglutinó con gran acierto y generosidad a muchos de los intelectuales españoles exiliados, y escribe sus grandes obras filosóficas, tales como *Instante, querer y realidad* (1957), *Vida y sentido* (1960), *Presencia del animal en el hombre* (1962) y *Aparición de la Visciencia* (1962).

Pues bien, la primera obra completa que escribe en México y publica en 1957 es la que pretendemos comentar es este trabajo, a saber, *Niñez y Filosofía*. Constituye ésta un conjunto de textos ordenados en dos partes. La primera, denominada *Ensayos*, está formada por dieciséis capítulos de clara inspiración filosófica, encabezados por el largo ensayo que da título al libro. La segunda parte (*Autores y libros*) corresponde a una serie de artículos publicados anteriormente en periódicos, suplementos dominicales y revistas, especialmente orientados hacia autores y temas mexicanos. Así aparecen trabajos tales como *Filosofía mexicana de nuestros días*, *Un hombre perdido en el Universo*, dedicado al filósofo mexicano Miguel Angel Cevallos, *La obra de Leopoldo Zea*, dedicado a este joven filósofo discípulo de José Gaos, un artículo sobre el economista Jesús Silva Herzog, así como un capítulo titulado *Dilucidario*, sobre el filósofo Salvador Cabrillo Madrigal. Igualmente aparecen textos dedicados a los paisajes y a la historia misma de México, con títulos tan elocuentes como *El alma de México a través de sus pirámides*, *El hospital de Jesús en la historia de México* o *Un libro sobre los Mayas*. Todo el libro está escrito desde el deseo de adquisición de los máximos conocimientos sobre este país centroamericano, así como desde el agradecimiento que siente por el país hermano. Así, en el comienzo mismo de la obra nos dice:

“Este libro está dedicado a México. Es el producto de mi experiencia en los cuatro años que llevo aquí viviendo. Durante este tiempo he hecho cuanto he podido por unirme con él intensamente. En sus libros, en sus periódicos, en sus radios,

9 Abad Carretero, L. *Una Filosofía del instante*. Ed. El Colegio de México, México, 1954, p.XIV.

he aprendido a quererlo. Y sobre todo en su propia tierra, que he recorrido de punta a punta y andado palmo a palmo, he visto la luz de sus amaneceres y las formas de sus paisajes, oído las notas de sus canciones y conocido en parte sus gentes y costumbres.”¹⁰

En 1966 nuestro filósofo pudo volver a España y todavía pudo vivir aquí, entre los suyos, durante cinco años más. El trece de noviembre de 1971 murió a la edad de setenta y seis años.

Después de esta sucinta biografía intelectual, pasemos a una exposición sistemática de la específica experiencia filosófica del profesor Abad Carretero, tal como aparece expuesta en el largo ensayo que encabeza el libro *Niñez y filosofía*, y también en capítulos tan significativos como *La idea de justicia en el Quijote*, *El hombre creador sempiterno*, *El orgullo*, *Del psicoanálisis a la psicología analítica*, *Mi adiós a la pintura*, *El alma de México a través de sus pirámides*, etc.

2. LA IMPORTANCIA DE LA INFANCIA EN LA EXPERIENCIA FILOSÓFICA

De acuerdo con Adler, del que es buen conocedor tal como se nos muestra en el capítulo XIII titulado, *Del psicoanálisis a la psicología analítica*, piensa Luis Abad Carretero que la experiencia filosófica está marcada por lo que podríamos llamar el mundo anónimo de la vida de nuestra infancia, esto es, por experiencias vivida de las que tenemos más o menos consciencia y que, en cualquier caso, es preciso hacer un esfuerzo para volver a ellas, recrearnos en ella, e incluso revivirlas de nuevo. El territorio de la infancia, de la niñez e incluso de la adolescencia ofrece a nuestro pensador un ámbito de libertad en el que el mundo de los hombres y los objetos no adquieren todavía el rigor y la necesidad de la experiencia del adulto y, por tanto, el ser humano consigue a través de ese mundo lúdico

10 N.F., p.11. E igualmente en el capítulo dedicado a Leopoldo Zea nos confiesa su admiración por México ya desde su estancia en París: “¿Por qué he hecho yo este trabajo acerca de la obra de Leopoldo Zea? Es preciso explicarlo con un poco de historia personal. Yo he estado viviendo catorce años en Francia, allí me vi obligado a hablar en francés continuamente, y esto por dos razones: la primera porque el conocimiento de esta lengua y de la cultura francesa atraían profundamente mi curiosidad intelectual y la segunda porque tenía que explicar mis cursos en francés. [...] Mi aspiración era venirme a México para realizar aquí lo que allí no podía: escribir, hablar continuamente en español, es decir, hallar un ambiente que allí me faltaba y además, encontrar una patria adoptiva que tuviera los acentos de una verdadera patria [...] Me di cuenta de que México se encontraba en momentos de renacimiento cultural, que había grupos de mexicanos que se interesaban por crear algo que no existió y si existió no lo fue con la fuerza y originalidad que ahora [...] Y allí oí por primera vez y conocí personalmente a Leopoldo Zea. Y vi que Zea era una de las conciencias más vigilantes de la filosofía en México y deseoso de conocer la realidad mexicana, sus más vivas aspiraciones intelectuales, me adentré en el conocimiento de su obra, escrita en una prosa transparente y vivaz, y esa lectura me llevó de la mano hacia libros y autores que yo desconocía. Y nada de lo hecho me ha defraudado, sino que por el contrario me ha abierto un camino para seguir adelante”.(N.F.,pp.223-24).

un estado en el que la imaginación la fantasía y la belleza son elementos verdaderamente constitutivos de la mente humana.

La primera pregunta que nos podemos hacer con nuestro autor es si verdaderamente tiene sentido escribir acerca de una serie de recuerdos de nuestra niñez que puedan ser considerados como primeras experiencias filosóficas. Hay una doble razón que avalan estas evocaciones filosóficas. Por una parte, la similitud de las naturalezas humanas, algo muy estudiado por nuestro autor, como buen conocedor de la Psicología y del Psicoanálisis, semejanza que nos hace pensar que todos nosotros nos hemos hecho alguna vez en nuestra niñez preguntas acerca del origen y sentido de nuestra existencia; y por otra, el deseo confesado por el autor de que estas mismas reflexiones sean una *invitación* para que cada uno de nosotros recorramos de nuevo ese mundo fantástico de nuestra niñez y repensemos nuestra propia situación en el marco de aquella comunidad vital, social e histórica que nos rodeaba.

La actitud, el tono y el talante de todo el libro es psicológica, filosófica y muy especialmente pedagógica. El profesor Abad Carretero nos está diciendo que los problemas que nos acuciaban en nuestra niñez son problemas universales que interesan y perturban a todos los niños y que es tarea de profesores, padres, familiares, y adultos en general, el atender a esas inquietudes, muchas veces pesadas y algo perturbantes con las que los niños viven su existencia. Alude, como era de esperar, a la necesidad que tiene el niño de que sea atendido y entendido por los mayores, a la desgracia que conlleva vivir una infancia solitaria y marginada. De por sí, la infancia es solitaria y necesita de esa relación con los mayores para ir conquistando en libertad, y no de forma neurótica, la personalidad del ser humano. A lo largo de toda la obra se nos ofrece el perfil de un filósofo que tiene un buen conocimiento de la Psicología y la Pedagogía de su tiempo. En la mejor tradición de la Historia de la Filosofía española, los problemas filosóficos son planteados en la medida en que tienen unas aplicaciones prácticas, en este caso, pedagógicas y sociales.

2.1. Para hablar de los recuerdos de nuestra niñez, es preciso abandonar nuestra actitud natural del día a día, romper con ese ritmo común en el que vivimos nuestras preocupaciones habituales y, en su lugar, poner un ritmo propio al que el autor denomina *ritmo creador*,¹¹ gracias al cual podemos dar actualidad al pasado o incluso presenciar el futuro. *Niñez, creatividad y Filosofía* están tan estrechamente emparentadas que podríamos decir que toda actitud creadora, incluida la experiencia filosófica, tiene que asumir los elementos de libertad y fantasía propios de la niñez. Se trata, pues, de poner entre paréntesis el *ritmo colectivo* en el que estamos insertos, dejar a un lado la tiranía del presente común y hacer una introspección en nosotros mismos para hacer emerger a nuestro momento actual aquellos recuerdos en nuestra infancia y adolescencia con los que hemos ido conformando los repliegues de nuestra alma, nuestra mente o nuestra psique.

11 Vid. *Supra*, pp.8-9.

Toda auténtica biografía necesita de un estudio previo de la niñez del biografiado, y así podremos comprobar que muchas de las intuiciones infantiles han servido de empuje para las realizaciones del adulto. Revisar la niñez es un ejercicio de reflexión filosófica, en el que al revivir el pasado, podemos contemplar el punto de partida de lo que ya somos.

Para ello, lo primero que hace el autor es una comparación entre la estructura de la inteligencia infantil y la inteligencia del adulto. La primera es *interrogadora*, frente a la del adulto que es *respondedora*. Para los niños todo el mundo adulto con sus instrumentos y dificultades es susceptible de ser convertido en un juego, en un mundo fantástico que puede ser recorrido de mil modos distintos, y para el cual el niño elabora pacientemente un conjunto de categorías y conceptos. El niño crea su mundo más allá del uso instrumental del adulto, mientras que éste tiene que aceptar los conceptos y usarlos de acuerdo a unas convenciones intersubjetivamente establecidas. La inteligencia adulta es *instrumental*, la infantil es *creadora*.

Muy distinta es también la actitud del adulto y del niño respecto al éxito de una acción. Para el primero el éxito va unido al dominio de la naturaleza física y de la naturaleza humana, incluyendo así una dimensión especialmente egoísta, en el peor sentido de la palabra, mientras que para el niño el éxito va unido a una satisfacción estética, creadora, sin duda egoísta, pero al mismo tiempo “desinteresada”. Frente al interés en el dominio de la realidad por parte del adulto, el niño muestra un “interés desinteresado”, propio de su ritmo creador.

2.2. Una aportación verdaderamente importante de la filosofía de Abad Carretero es la clasificación de los ritmos temporales humanos en ritmo psicológico, ritmo colectivo y ritmo creador:

“Considero fundamental en la vida humana la existencia de los ritmos, estimando que hay tres clases de ellos: psicológico, colectivo e histórico o creador. En el primero vivimos en el mundo de nuestros deseos, poniendo nuestro presente en el instante que nos parece, de ahí que en la soledad la imaginación y los deseos sean nuestras dos coordenadas principales. En el ritmo colectivo la sociedad nos impone el concepto de obligación y es el ansia de éxito el que nos impulsa a persistir en nuestra labor. En el ritmo colectivo el hombre se convierte en número, en ente impersonal. Y en el ritmo creador, que es el determinante de la historia, nosotros forjamos *todo* lo que existe, excepto la materia y sus formas.”¹²

Por *ritmo psicológico* entiende nuestro autor el tiempo propio por el que cada uno vivimos nuestra vida, marcado por el instante. Nuestra vida son múltiples instantes acumulados y mediatizados por ese ritmo interior. Con el concepto *ritmo colectivo* pone de manifiesto lo que podríamos llamar el tiempo social o colectivo, mediante el que el hom-

12 N.F., pp. 162-63.

bre tiene que sujetarse al tiempo externo de la sociedad en que vive, es el tiempo del reloj. En él la libertad humana está sujeta por la sociedad en que vivimos, esto es, por el ritmo que impone la colectividad. El ser humano tiene que aceptar ese ritmo colectivo como condición de posibilidad de su propia existencia. Pero hay también un *ritmo creador*, consistente en el predominio de los instantes de libertad, de ensimismamiento. Con él designamos la faceta específicamente creativa del ser humano, mediante la que la inteligencia crea sus propios objetos y mundo. Y este es el ritmo propio de la inteligencia infantil, de modo que niñez y creatividad andan siempre juntas:

“Si hubiéramos de traducir brevemente la significación de los tres tiempos, diríamos que el psicológico se resume en la expresión *deseo*, el colectivo en el de la *obligación* y el histórico en la palabra *creación*.”¹³

Todos los hombres vivimos en esos tres ritmos, predominando en cada instante de nuestra vida uno u otro. La peculiar relación que el profesor Abad Carretero establece entre niñez y creatividad, pone de manifiesto que ese ritmo creador es connatural a la inteligencia infantil, pero que, sin embargo, es preciso construirlo pacientemente en la inteligencia adulta, del mismo modo que también el ritmo colectivo, connatural a esta última, es preciso ir construyéndolo en la inteligencia infantil a través de la disciplina y socialización del niño. Si abandonásemos al niño sólo al ritmo creador, podríamos convertirlo en un animal o en un monstruo, en cualquier caso, en un adulto no socializado.

De acuerdo con todo lo anterior, podemos decir que dado que la infancia del hombre es fundamentalmente creadora, es por lo que éste es el animal que la tiene más prolongada. Frente al instinto animal que tiene que construir su vida de acuerdo a unas pautas ya establecidas en las que, prácticamente, no hay margen para el error, el hombre tiene que ir creando día a día, por ensayo y error, su propia vida. De ahí que nuestro autor pueda decir que “libertad significa creación y el hombre es libre en tanto que crea”, y me atrevería a decir, en la medida en que se “infantiliza”. Gozamos pues de libertad y somos creadores cuando sentimos pendular en nosotros la infancia. En definitiva, lo mejor de la inteligencia infantil es su capacidad de interrogación, fruto de su libertad creadora, y lo peor, el egoísmo propio de la inteligencia no formada. Una inteligencia adulta ideal sería aquella que conservase esa dimensión creativa traspasada por un ámbito de consenso, solidaridad y mancomunidad. Así en el capítulo octavo de *Niñez y filosofía* titulado *El hombre, creador sempiterno* nos dice:

“Siento una gran admiración por el constante esfuerzo creador del hombre. Su fantasía no reconoce el reposo. Su rebeldía se apoya precisamente en esa continua facilidad para crear. No estancarse. No ser el mismo de antes. Cambiar. Y sin embargo, no perder la propia esencia humana. Si el amor prestó al hombre fuer-

13 Abad Carretero, L. *Una Filosofía del instante*. Ed.cit., p.38.

zas para persistir en su tarea diaria, no se las dio menos su fantasía, su inventiva, su inteligencia creadora [...] Es en la ansiedad de crear donde se ha mostrado mayormente la solidaridad de todos los hombres [...] La ciencia y el arte, la religión y la política, los descubrimientos y los inventos, las maneras cotidianas de vivir, todo es producto de nuestro intenso afán creador [...] Todo ha nacido del ansia creadora que atenaza la fantasía.”¹⁴

Planteada así la cuestión, el autor nos invita a viajar con él por aquellos recuerdos de su niñez que marcaron muy especialmente su forma de ser adulta y que han sido elementos constituyentes de su inteligencia actual. Para una específica comprensión filosófica de esos recuerdos, el autor los va poniendo en conexión con conceptos, problemas y temas presentes en toda experiencia filosófica. Asistamos a ese viaje de nuestro filósofo hacia su propio interior. En su preámbulo dice:

“ Hay, pues, que saber volver a aquél mundo pasado para recoger las orientaciones originales que en él se perdían y quedaron sin respuesta, e incluso para hacer una revisión de las que entonces obtuvimos. Yo, por mi parte, voy a detenerme en algunas de las intuiciones mías, que presagiaban el comienzo de la conciencia, y más tarde veremos otras que apuntan a hechos acaso más complicados dentro de nuestra psique.”¹⁵

3. EL DESCUBRIMIENTO DE LA CONCIENCIA: YO ESTOY EN EL MUNDO SOCIAL E HISTÓRICO

El primer recuerdo al que alude está referido a cuando tenía ocho o diez años y mediante él nos describa su descubrimiento de la noción de espacio, de la noción de perspectiva y con ellos, de la noción de conciencia. Espacio y perspectiva constituyen categorías esenciales de la experiencia humana. Sin saberlo, sin tener conciencia de ello, percibimos los objetos en el espacio y lo hacemos desde una determinada perspectiva. Podemos representarnos un espacio sin objetos, pero no objetos sin espacio. Cada vida es un punto de vista en el Universo, afirmaba el maestro de Abad Carretero, su querido profesor José Ortega y Gasset. Y precisamente el filósofo almeriense describe su primer encuentro consciente con estos conceptos del siguiente modo:

“Pues bien, algo me había sorprendido enormemente en estos viajes, y era que al pasar por encima del alto puente, yo veía una serie de hombres, arrieros que conducían caballos, mulos, burros, cabras, borregos; pero todos eran muy pequeños,

14 *N.F.*, p.106.

15 *N.F.*, p.21.

tanto, que creía no haberlos visto jamás tan chicos en la vida real. Mi ansiedad de realidad me impedía ver el espacio existente entre ellos y yo. Todo aquello constituía para mi una gran obsesión. Yo me preguntaba ¿dónde estará ese mundo tan pequeño en el que viven tales hombres y semejantes animales que yo nunca he visto? [...] ¿Por qué pensaba yo que había dos mundos distintos? [...] Y yo me dibujaba esos pueblitos, con casas pequeñísimas y calles y plazas muy estrechas, donde pululaban una multitud de seres liliputienses, y mi imaginación trabajaba construyendo paisajes de árboles y pájaros que hubieran todos cabido dentro de un bolsillo mío. Pero yo no debía estar muy seguro de mis fantasías, puesto que las preguntas que me hacía revelaban dudas y vacilaciones en mi mente. Pero el caso es que yo anhelaba aclarar el misterio.”¹⁶

Hasta que un día se vio obligado a bajar del tren y pudo ver de cerca de los arrieros y a los animales que había contemplado tantas veces desde el tren. De este modo se dio cuenta de que no había dos mundos, el de los gigantes y el de los diminutos, al estilo de los mundos de Gulliver, sino que era uno solo. Comprendió así que él mismo había forjado dos mundos, pero que en realidad sólo había uno. Ser consciente de esa capacidad creadora es romper con la niñez en la que hay una unión casi perfecta entre el yo y el mundo, y es empezar a entrar en el mundo de los adultos. Nuestro filósofo nos lo explica así:

“Los mundos que yo creía distintos, yo los había forjado. Yo era el que cambiaba siempre. Y al percibir la noción de cambio, vi con evidencia que un nuevo ser se erguía dentro de mí mismo. Acababa de asistir en silencio al drama más fuerte que se da en el hombre. Había descubierto mi conciencia. No sé el tiempo que tardó en realizarse en absoluto aquél proceso. Las ilusiones de mi fantasía habían sufrido un rudo golpe. Ya el navío presentaba su ingente proa y comenzaba a estar a mi vista. Había que ponerse el traje de marinero y embarcarse en él a fin de navegar por alta mar, para no volver al mundo ido. Se había derrumbado mi niñez.”¹⁷

Se trata de una reflexión al estilo cartesiano. Al igual que el filósofo francés encuentra su conciencia al dudar de que está dudando, Abad Carretero se da de bruces con ella al comprobar que hay un solo mundo externo, pero que este puede ser percibido por nuestra mente de múltiples modos.

Unido a esta concepción del espacio, el autor se refiere a dos ampliaciones del concepto reseñado, una social y otra artística. El primero está referido al *misterio* de lo que hay más allá del espacio que cada uno de nosotros, especialmente los niños, podemos controlar. La segunda se refiere al sentido de la perspectiva, en este caso referida a la creación pic-

16 N.F., pp.21-22

17 N.F.,p.23

tórica. Aunque nos importe muy especialmente la segunda, reparemos en el modo en que el niño Abad Carretero vivía esa situación en la que dejamos marchar el tren hacia un espacio desconocido para nosotros, pero del que continuamente estamos oyendo referencias en las conversaciones de los adultos. El tren se pierde tras un túnel, y tras éste emerge el misterio, lo desconocido, pero al mismo tiempo lo deseado.¹⁸

El descubrimiento de la perspectiva va unido a la faceta artística de nuestro autor de la que hace ya gala a sus catorce años. En su ensayo *Mi adiós a la pintura*, cap. XVI de *Niñez y Filosofía*, reflexiona sobre las relaciones entre arte y filosofía que son las mismas que hay entre intuición y pensamiento:

“ La filosofía no puede salvar el arte. Éste ha de salvarse por si mismo. El temperamento se necesita como esencial, más no basta, y el artista ha de tener una fuente original de donde saque su inspiración. El filósofo toma la vida demasiado en serio. El filósofo no tiene más punto de arranque que la propia realidad, o sus ideas, y con ellas a cuestas se embarca en el mundo de los conceptos para ponerlos en orden. Pero ¿qué tienen que ver los conceptos con el arte? No, ambas abrevan en fuentes muy distintas. Es en la subconsciencia donde penetra el artista. Es en la conciencia en donde penetra el filósofo. Si el artista se hunde en la filosofía pierde su espontaneidad y con ello la fuerza de la inspiración. Si el filósofo accede al campo del arte quiere inculcar a éste su rigor y claridad mentales, oscureciendo con ello la libre fuerza de la combinación de imágenes.”¹⁹

Ahora bien, Filosofía y arte coinciden en algo fundamental: ambas surgen de la más alta capacidad del hombre, a saber, de la creatividad.

3.1. Pese a lo que pudiera parecer a primera vista, nuestro autor no tiene un buen recuerdo de sus sentimientos respecto de la escuela en la que aprendió sus primeras letras y su primera socialización. La recuerda como un ámbito ajeno a la belleza y al optimismo propios de la infancia:

18 “Cuando nosotros llegábamos a la estación llamada de Doña María, donde teníamos que abandonar el tren para tomar las bestias, con el fin de ir hacia el pueblo, yo me quedaba siempre retrasado y con los ojos fijos en el negro ojo de un túnel que hay inmediato a la estación por el cual se perdía el tren que nosotros acabábamos de abandonar. Con qué tenacidad aquel negro ojo se me quedaba siempre grabado. Hacia aquel túnel continuaba culebreando el tren dando pitadas y arrojando graciosas volutas de humo hasta que por fin se ocultaba. Toda la gente a quién yo había oído hablar en el tren desaparecía por allí. Qué misterio era todo para mí. Yo oía conversar a esas personas de las ciudades, que yo desconocía, y adonde se dirigían. Las escuchaba hablar de sus inquietudes y luchas. Tras aquel túnel estaba Granada y Córdoba y sobre todo Madrid. Cómo me atraían las seis letras de ese nombre. Allí tendría que ir yo también, a luchar; pero ¿cuándo?, ¿cómo?. Y más allá de Madrid había una ciudad cuyo nombre me sugestionaba: París. Menos letras, cinco solamente, pero más ciudad. Y después Londres. Y más allá otros mundos, otros pueblos. Sobre todo América ...”. (N.F., p.24-25.)

19 N.F., p.186.

“En general, todos hemos sólido tener ideas pesimistas en nuestra infancia respecto a la escuela y los maestros; pero yo las tenía en grado desmesurado. Encontraba a las escuelas impropias, los métodos inadecuados, los maestros incapaces. Sin tener noción clara de nada, yo veía que aquello no encerraba belleza. De una manera nebulosa entreveía muchas deficiencias, mas no acertaba a explicármelas en mis cortos años. Lo que sí sé es que cuando más tarde he vuelto a ver y a hablar de ese pasado escolar, no he hecho más que confirmar aquella impresión pesimista mía. ¡Qué deformación tan grande se hace de la niñez por el adulto!. “²⁰

Especialmente tiene razón cuando pone de manifiesto la distancia entre el mundo interior del niño y la conciencia del adulto. El niño siempre es un incomprendido, pues frente a la monotonía del ritmo uniforme de la vida adulta, la conciencia del niño quiere experiencias nuevas a cada momento. De ahí que el niño Abad Carretero odiaba la uniformidad de los lunes, pero se sentía muy atraído por los cambios vitales que suponían el Carnaval y la Semana Santa, épocas en la que la gente se mostraba de manera muy distinta que de ordinario.

Esa necesidad de lo nuevo lo expresa así nuestro autor:

“Había siempre en mí una protesta por aquella vida tan radicalmente uniforme. Sentía admiración por lo nuevo, por lo que daba un sesgo diferente al vivir diario. Y a pesar de mis pocos años, aquélla estrechez me anonadaba. Por eso cuando veía aquel tren que por el negro ojo del túnel desaparecía hacia otro mundo, me sentía lleno de infinita tristeza. Para mí aquel túnel era como lugar de prueba y símbolo de lucha. Ser libre, pensaba, poder ser dueño de mí, entrar en un ambiente diferente, donde se viviera de otra manera, haciendo cada cual lo que le viniera en gana. Yo creía entonces con toda sencillez que uno, cuando es mayor, podía hacer lo que quisiera. Pensaba que los adultos eran libres.”²¹

Evidentemente, el acontecer de su propia vida le hubo de mostrar lo equivocado que estaban sus pensamientos infantiles y adolescentes.

3.2. En efecto, la creencia infantil es que el mundo del adulto es el mundo de la *libertad* y de la *justicia*. Ambos conceptos constituyen los asideros fundamentales de la conciencia moral y política. Consciente de la importancia filosófica del surgimiento de la *conciencia moral*, nuestro autor nos describe algunos recuerdos del tránsito de su infancia a la adolescencia, fraguadores de aquélla.

Alude, en primer lugar, a un hecho de primera importancia y que nos debe hacer reflexionar a todos los adultos, a saber, la duplicidad moral en que los niños viven. Esto es,

20 N.F., p.25.

21 N.F., pp.26-27

los niños van fraguando un bellísimo concepto de libertad y de justicia, fruto de las esforzadas enseñanzas de sus mayores, pero que está en continua contradicción con el día a día de los adultos, pues lo que para el mundo de la niñez es claramente justo e injusto, aparece instrumentalizado por múltiples mediaciones corruptoras en el mundo del adulto. En este sentido describe un suceso, ocurrido en la escuela, manifiestamente injusto, y que le debieron romper los esquemas de su conciencia recta y confiada²².

En esta línea de la conciencia moral, está escrito el capítulo tercero de este libro titulado *La idea de justicia en el Quijote*, en el que el autor, hace gala de sus excelentes conocimientos cervantinos y unamunianos. Siguiendo la interpretación unamuniana del Quijote, establecida en *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905), Abad Carretero afirma con el filósofo salmantino que frente a la justicia abstracta y ciega del Estado, es preciso proponer una ética del amor y del perdón: “Si hubiera de poner un subtítulo al Quijote, recordando los diálogos platónicos, yo le llamaría ‘El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha o Tratado de la Justicia’. Porque este libro es eminentemente un tratado de justicia.”²³

4. EL DESCUBRIMIENTO DE LOS CONCEPTOS METAFÍSICOS FUNDAMENTALES: MATERIA, CAUSALIDAD Y DIOS.

Un concepto fundamental en nuestra comprensión del Universo es el de *materia*. Gracias a él podemos interpretar los objetos-cosas de nuestro mundo externo. Nuestro autor nos relata cómo a la edad de quince años sucedió a su alrededor un acontecimiento que le condujo a reflexionar sobre la existencia de la materia, unida esta *al devenir del tiempo* y a la *causalidad*. En efecto, si importante es la materia en la interpretación del Universo, más aún lo es la causalidad, que es la materia más tiempo. Sin duda alguna, la causalidad es la categoría fundamental a través de la cual cada uno de nosotros interpretamos el mundo de nuestro alrededor. El autor evoca ese momento de su vida con estas palabras:

“De pronto se oyó el ruido de un coche de caballos que pasaba por la calle. En el mismo momento en que se oyó el ruido, producido por los caballos y las ruedas del coche al deslizarse sobre el pavimento de la calle, que estaba a unos veinte

- 22 Oigamos el acontecimiento con sus propias palabras: “Me acuerdo de un hecho violento que me ocurrió teniendo unos trece años. Mi hermano y yo asistíamos a un colegio particular, en el cual, después de dar las clases habíamos de entrar en la sala de estudio, la que estaba dirigida por un hombre de aspecto algo repelente; por lo menos, para mí lo era desde que vi había quitado a mi hermano una pelota con la que él mismo se divertía, excusando que la utilizaba en tiempo de clase. Pues bien, un día ese jefe de estudios pegó a mi hermano y luego le mandó poner de rodillas. Yo sentí como si una oleada de sangre me subiera a la cara. Me levanté y le dije que aquello era injusto [...]” *N.F.*, pp.27-28.
- 23 *N.F.*, p.57. Esta línea de interpretación es la que yo mismo he seguido también en mi trabajo “Interpretación unamuniana del Quijote”. *Mundáiz*, 55, (1998), pp.67-96.

metros del lugar en que yo me hallaba, empezó a vibrar el muelle del viejo reloj y en su trepidación insistente se puso a chocar contra el fondo de madera del mismo. E inmediatamente yo descubrí tres cosas: el tiempo en su devenir, la composición de la materia y la existencia de la causalidad. Fue aquél uno de esos instantes en que la vida levanta el telón de su misterio y nos descubre en cierto modo los ingredientes que la determinan.”²⁴

Ahora bien, todo lo anterior le empujó a una pregunta más radical, a la raíz de todas las preguntas, esto es, a interrogarse por el impulso inicial que agitaba y que ponía en conmoción todo aquel mundo natural del movimiento. De pronto nuestro filósofo se encontró con la cuestión acerca del origen de todas las cosas y del Universo mismo, esto es, la pregunta por la existencia de Dios.

Nos describe Abad Carretero cómo en sus frecuentes paseos por el puerto de Almería, se extasiaba contemplando el modo en que los pescadores iban construyendo poco a poco sus barcas para pescar y tener así un medio de vida. Nos describe el placer que sentía al comprobar cómo poco a poco, de un puñado de tablas iba surgiendo una pequeña embarcación:

“ Me agradaba sobre todo ver los pescadores en su trabajo, arreglar sus redes, construir sus barcas. Iba viendo cómo, día tras día avanzaban en su construcción. Primero ponían la quilla, luego aparecían los costillares y cubríanlos después con blancas tablas, hasta que más tarde venía el calefatear con estopa y alquitrán para tapar bien las uniones de las tablas, los boquetes y hendiduras [...] Y conforme yo iba viendo crecer la barca hasta que la terminaban, siempre me planteaba la misma cuestión [...] Tú has hecho la barca, y a ti pescador ¿quién te ha hecho? ¿de dónde has salido tú, quién te imaginó y te construyó?”²⁵

Es así como llegó, por primera vez, a la idea de Dios esto es, a través de un razonamiento inductivo que le empujaba a preguntarse por la primera causa, por el primer motor. Filosóficamente, la cuestión así planteada aparece así en Aristóteles y es también el objeto de la primera vía de la demostración de la existencia de Dios en Tomás de Aquino. Dado que nuestra experiencia nos acerca al hecho de la generación de unas cosas por otras, tiene sentido remontarse al principio y preguntarse por el origen de la primera cosa, a saber, el primer hombre, el primer árbol, el primer barco.

La segunda experiencia en la que nos habla de la idea de Dios se refiere a nueve años más tarde, durante una corta estancia en Nueva York, donde tuvo conciencia de la relación finitud-infinitud. Emerge ahí la presencia de Dios como ese momento de la conciencia donde cobra su sentido y acabamiento la aspiración de todo ser humano a la infinitud. El

24 *N.F.*, p.31.

25 *N.F.*, pp. 32-33.

autor mismo denomina esta nueva idea de Dios, al estilo de Pascal y Unamuno, como la representación de un Dios-pasión. Asistamos a esta experiencia fundamental:

“Fue una noche en que no podía conciliar el sueño, cuando me sucedió que, de pronto, mi conciencia empezó a marchar de una manera vertiginosa. Jamás me había ocurrido cosa semejante. Nada ni nadie podía detener aquél devenir fantástico. Y el caso es que yo físicamente no me sentía enfermo; aunque me parecía estar bajo un acceso de fiebre. Necesitaba un freno que detuviera aquél continuo cambio y no lo encontraba. Y ese freno me aparecía de pronto cuando tuve a Dios en mí, cuando estuve en presencia de la idea de Dios. En ese momento se detuvo mi aspiración infinita, mi cambio incesante. [...] Esta era la segunda vez que me encontraba auténticamente en presencia de Dios. La primera fue aquélla en que viendo al pescador construir una barca, me hizo inferir como necesaria la idea del Creador de todo lo existente, diríamos Dios como ser de acción. Y esta segunda en que hallé a Dios de una manera emotiva, personal., única, íntima, acaso como Pascal lo hubiera encontrado tres siglos antes. Diríamos que este dios era el de la pasión.”²⁶

5. LA VOCACIÓN COMO CONDICIÓN DE POSIBILIDAD DE LA EXPERIENCIA FILOSÓFICA.

Como conclusión, pretendo abordar, aunque sea muy sucintamente, el tema de la *vocación* que en nuestro autor aparece estrechamente conexas con su filiación orteguiana. En *Niñez y Filosofía*, Abad Carretero hace esta declaración:

“ Considero a la vocación como una de las diez fuerzas psicológicas fundamentales que se nos dan de manera espontánea y constituyen el alma. [...] Primero fueron gustos indefinidos, inclinaciones subconscientes, pretensiones indecisas en nuestra niñez; pero que llevaban dentro un contenido y un impulso. Eran inclinaciones, pretensiones de tipo *espiritual*, sin que el propio sujeto supiera definir las, pero que pedían, exigían esclarecimientos, que aspiraban a ensancharse, lo mismo que la semilla de la planta va derecha hacia su estado adulto en potencia. [...] En la infancia eran gustos y aspiraciones precoces y renunciamientos penosos, en la juventud ideas que nos parecían llenas de luz y prometedoras, en la edad madura se manifestaban en organizaciones amplias hechas al contacto con la cultura, pero liberadas de lo que el duro aprendizaje había amontonado sobre los sueños juveniles [...] A la vocación no podemos renunciar, si es sólida. Primero se manifiesta como un gusto, una determinada preferencia, y todo nuestro espíritu se siente mol-

26 N.F., p.34.

deado por ella y nuestro sistema vital atraído y sometido a una unidad poderosa que nos domina y casi nos enajena. La vocación descubre en nosotros un sentido del tiempo que nos hace olvidarlo, al ver que estamos bajo el sortilegio del algo que nos es extraño y sin embargo nuestro.”²⁷

La vocación es una fuerza que surge de nuestra individualidad y nos posibilita el tránsito del ritmo psicológico al ritmo colectivo. Es el motor de la acción humana. Se trata de un caudal de energía que surge del fondo íntimo del hombre, de ese fondo misterioso que escapa a la razón, pero que es fundamento de nuestra vida consciente. La vocación es la corriente de energía que enlaza al individuo con el resto de los hombres. Sus notas distintivas son la continuidad, el cauce o dirección y el sentido creador²⁸.

Está estrechamente relacionada con la actitud del hombre respecto de la vida. Preferimos hacer una cosa u otra. Nos sentimos más contentos haciendo unos actos en lugar de otros y nos gusta dotarlos de un estilo propio. Esa preferencia, ese gusto es lo que llamamos *vocación*. Si bien en la elección de nuestra profesión, puede influir factores tales como las tradiciones familiares o el ambiente social e histórico en el que vivimos, sólo si hay *libertad*, podrá decidirse el oficio por el que se siente vocación, de ahí que esta vaya muy unida al temperamento:

“Esta es la palabra que resume la vocación. Esta envuelve una vibración específica, que une al sujeto con la materia y con los demás seres. Al fin, sentimiento estético, en una palabra, noción artística. El arte es la expresión animadora de la vida. En él se plasma el esfuerzo creador del hombre. El sentimiento estético es lo que le dicta su profesión. Y para cualquier carrera u oficio es lo mismo. Para cualquier tarea es igual.”²⁹

La vocación, interpretada como entusiasmo personal, se impone al tiempo colectivo, y nos ensancha el tiempo de la creación. Sólo así se pueden entender las grandes creaciones de la humanidad, superando los obstáculos materiales y temporales:

“¿Cómo si no fuera así se podría comprender que el gran histólogo español Ramón y Cajal, como él mismo relata en sus ‘Memorias’, el día en que hizo un gran descubrimiento permaneciese treinta horas ante el microscopio sin levantarse, ni aún

27 N.F., pp.37-39

28 *Una filosofía del instante*. Ed.cit. p.221. “¿Y la vocación?. También es un caudal de energía que surge del fondo íntimo del hombre, de ese fondo misterioso que escapa a la razón y al cual sin embargo ella debe hacer referencia en su impotencia para explicar los fenómenos de la psique y de la materia [...] La vocación enlaza al sujeto con los demás hombres. El oficio del hombre no es para él, sino para los demás. Como el agua del manantial no es para él mismo, sino que cierra el recorrido de un ciclo después de fecundar los campos. El oficio del hombre tiene por fin ayudar a los demás” (*Ibid*).

29 *Una Filosofía del instante*, p. 224.

para comer? Treinta horas que para él fueron un instante porque no sintió el devenir temporal.”³⁰

La vocación nos da una actualidad perenne, adquirimos conciencia de que mediante ella somos algo ante la sociedad y ante nosotros mismos. No se trata de una vanidad pueril, sino vital. La vocación ensancha nuestro presente extendiéndolo radicalmente, abarcando en el plano consciente zonas sólo antes reservadas ante el inconsciente. Sólo a través de la vocación podemos encontrar la *inspiración*:

“ Un aire de juventud impregna la acción subjetiva, enriquecida con nociones técnicas, y se adquiere un sentido de ubicuidad. La acción ha eliminado el tiempo. Estamos en plena inspiración. El sujeto avanza virilmente por su pasado, con pié firme y seguro. Y sin temor ante el futuro penetra en él con decisión inventándolo en el presente. En su avance capta nuevos elementos, domina imágenes fugitivas y enlaza sueltos pensamientos. En una palabra, amplía las formas que en su vivir cotidiano entraban en el centro de su esfera consciente.”³¹

6. BIBLIOGRAFÍA

ABAD CARRETERO, LUIS. *Los Colegios de Huérfanos de España*, 1929

- *Sentido Psicológico de la Felicidad y el concepto de la Actualidad*. 1934.

- *Una Filosofía del Instante* 1954. Paris, Flammarion. (1954, México, El Colegio de México).

- *Niñez y Filosofía* 1957. 2ª Edición facsímil. Prólogo de Antonio Rodríguez Sánchez. 1998, Almería, Instituto de Estudios Almerienses. La primera edición de esta obra se llevó a cabo en 1957, México (El Colegio de México).

- *Instante, Querer y Realidad*. 1960. México.

- *Vida y Sentido* 1962. a) México.

- *Presencia del Animal en el hombre* 1962. b) México.

- *Aparición de la Visciencia*. 1963. México.

- *Instantes, Inventos y Humanismo*. 1966. México.

- *El concepto de Actualidad*

30 L.c., p. 225.

31 L.c., p.227.